

Biblioteca-Films

Núm.

284

25

CTS

ЛЯ ЦЪТИЯ РЕНА



Richard
Barthelmes

Alice
Joyce

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"

Redacción, Administración y Talleres:
Calle Valencia, 234 - Apartado 707

Sdad. Gral. Española de Librería: Barbará, 16

B A R C E L O N A

AÑO VI APARECE LOS MARTES
REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

Núm. 284

THE NOOSE 1928

LA ULTIMA PENA

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por el simpático actor de la pantalla

RICHARD BARTHELMESS

Producida por FIRT NATIONAL

Selecciones **GRAN LUXOR**

V E R D A G U E R

Consejo de Ciento, 290 Barcelona

REPARTO

Fernando El King..... R. BARTHELMESS
Loló Roboris..... HELMA TODD

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA



Fernando Elkins personaje central de nuestra modesta novelita, era uno de estos muchachos que se han criado sin el amor de una madre cariñosa cuyos sanos consejos le habían apartado de los peligros que amenazan constantemente la inexperta juventud.

Lo vemos en una de las tabernas de peor reputación, junto a los muelles sombrios, donde el tráfico del contrabando tiene su asiento y su rostro, cuando aparece ante el lector, no podemos dibujarlo con tintes halagüeños. Acaba de tener un contratiempo de los que más le afligen. Dejemos que el diálogo que sostiene con el dueño del poco recomendable establecimiento nos lo revele.

—Sí, mi amigo Reid. Yo he hecho el gran negocio para el diablo. La banda de Skellon me ha robado el alijo, cuando yo para sacarlo a flote había expuesto mi vida, desafiando la vigilancia de los guardacostas...

—¿Y... era muy importante?

—Ya lo creo. Más de mil litros de coñac, el licor predilecto de los clubs de noche... Doscientos dólares eran mi parte, por lo más bajo...

—Y ahora, ¿qué va a decir Eduardo Gordon, el jefe de tu famosa banda... y tus compañeros?

—El dinero perdido es lo que me interesa únicamente. Poco me importa lo que ellos puedan decir o cómo puedan juzgarme...

—Ya sabes que es un hombre de brutales instintos, que a todos os tiene atemorizados.

—Es verdad; pero no le temo. Ya estoy harto de su tiranía. Yo soy el que más riesgo corre y el que menos parte percibe en las ganancias...

Tenía razón Fernando, y con gran entereza pronunció estas palabras. No obstante, el dueño de la taberna, acostumbrado a ver cómo todos callaban ante los puños o el revólver de Gordon, no creyó que aquel imberbe se atreviera a plantar cara al terrible Eduardo Gordon. En aquel ambiente equívoco, no faltan tampoco mujerzuelas que, al olor de los buenos negocios de los contrabandistas, acuden a robarles con mimos el dinero que ellos ganan con facilidad, pero con riesgo. Sin embargo, precisa hacer una excepción en favor de Lolo Roberts, una rubia peligrosa por su belleza que, atraída por la simpatía y juventud de Fernando, ha abandonado las altas esferas del cabaret en que vivía. No era esta la única adoradora de Fernando. Ester Gray le quería en silencio, pero con devoción de madre, y sufría calladamente al verle conti-

nuamente en las garras del deshonor, por una parte, y en las redes de la policía, por otra, corriendo en lo moral y en lo material hacia la perdición irremediable.

Desde una larga temporada, Ester solía estar apesadumbrada cada vez que veía pensativo a Fernando. Así, no es de extrañar que la joven aprovechara uno de los escasos momentos en que permanecían solo, para interrogarle:

—¿Qué tienes, Fernando?... Hace una temporada que te veo sumamente preocupado...

—¿Qué quieres que te diga, muchacha? A veces, uno piensa más allá de los acontecimientos monótonos y cotidianos...

—A qué te refieres? —dijo Ester, queriendo de una vez bucear en el alma del amado.

—Muy a menudo pienso que es muy triste pensar que no sabe uno ni quién es ni dónde se hallan sus padres...

—Entonces, ¿tú no tienes familia?...

—Bien he de tenerla, cuando existo... y de la nada no puedo haber salido.

—Cuéntame y no te apene lo que tú no puedes ser el responsable en ninguna forma que se examine...

—Siempre he rodado por la calle como un guijarro. Ya estoy harto de esta existencia, y quiero ser algo que la gente no rechace como a un pordiosero...

—¿Qué es lo que ha despertado en ti estos deseos tan nobles de reivindicación?

—Te lo confesaré: he conocido últimamente a una mujer que lo merece todo.

—¿Quieres decir que estás enamorado?

—Lo estoy; pero ella no lo sabe todavía. Me siento indigno de que quiera que se fije en mí y no aparte la mirada con desprecio...

—Te agradezco tus palabras, aun cuando...

—¿Qué quieres decir?... ¿Que te extraña que casi me haya confesado contigo?... Hacía tanto tiempo que mi alma rebosaba dolor y había de elegir a alguien por confidente...

En este punto de la conversación, interrumpió tan bello diálogo de alma a alma, de corazón juvenil a corazón juvenil, la presencia de una elegante dama, que chocaba por su indumentaria con el ambiente de mediocridad que allí se respiraba... Inmediatamente uno de los camareros se acercó a Ester y le dijo:

—La señora que acaba de llegar, pregunta por usted.

Volviéose Ester y al instante reconoció a la recién llegada, hacia la cual se encaminó, diciéndole a guisa de saludo:

—¿Qué busca usted en un sitio como éste, Lolo?...

Era, en efecto, Lolo Roberts, la rubia peligrosa a que antes hemos hecho referencia, y

que frecuentaba asiduamente la guarida de Fernando.

—Deseaba hablar un rato con usted, y como sabía que aquí podría encontrarla...

Nada respondió Ester, y Lolo, al observar su semblante, la dijo:

—¿Qué te pasa, Ester? ¡Parece que estás en un funeral!...

—No sé qué contestarte a punto fijo.

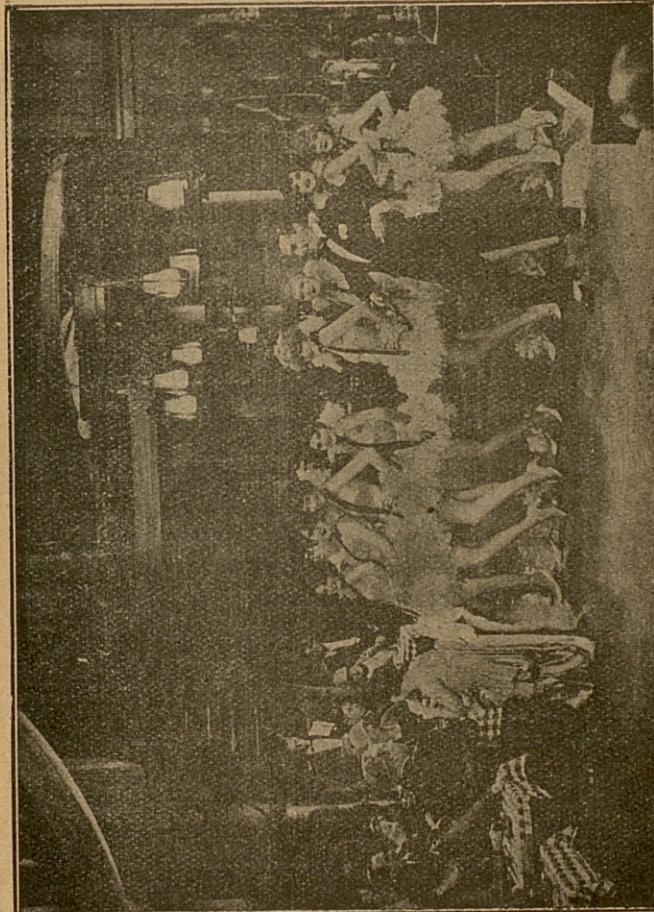
—¡Ah, comprendo!—dijo Lolo—. Pero he de advertir que si toda esta comedia es para Fernando, te aseguro que estás perdiendo el tiempo lastimosamente... Nada conseguirás.

Amoscada Ester al ver descubierto su juego, contestó picada... íbamos a decir en su amor propio, y supongamos que lo tenía también:

—Yo no hago comedias, ¿sabes? Es que le quiero, le quiero... y no puedo disimularlo ni callarlo ya por más tiempo...

—Pero, calla, que puede oírté Fernando—dijo Ester.

Pero, al volver la cabeza, vió que Fernando va no estaba allí. Había desaparecido por encanto para ellas; pero en realidad, se había ido al salón de billar, del que en aquel instante volvía a salir. Ester, contrariada al ver que Fernando se dirigía hacia Lolo, para la que eran todas las miradas, se alejó de su amiga, pretextando sus muchos quehaceres. Esto es lo que deseaba precisamente Fer-



En équel ambiente equivoco..

nando, ignorante del puro amor que la humilde joven le profesaba y que él no había sabido leer en su interés por su vida.

—¿No podría hablar a solas con usted, Lolo? —dijo Fernando, temblando con la emoción del amor.

—¿Y por qué no? —dijo ella, alentándole con una sonrisa.

—Es que a veces —dijo Fernando, al tiempo que penetraban los dos en un saloncito retirado que existía en el fondo de la taberna—, a veces, pienso que está usted jugando conmigo... Me veo tan insignificante a su lado...

—Sin embargo, yo le aprecio a usted...

—¿Cómo califica el aprecio? —dijo Fernando—. Un interés para mi persona, tal vez sin saber todo lo que a mi vida se refiere... un romanticismo que no puede llamarse precisamente amor...

—Sí, me interesa usted mucho, y cuando una mujer dice que un hombre le interesa, ya no debe obligársela a que defina más sus sentimientos... Me interesa usted mucho...

Los ojos de Fernando brillaban de felicidad. Ya no era el ser indiferente: había llegado a interesar a una dama de calidad, como juzgaba a Lolo... Por momentos se animaba a confesarle su inmenso amor, él, que había tenido siempre el temor de que ella se le burlara...

Pero una voz ruda, la de Eduardo Gordon, sonó en la taberna:

—¿Dónde está ese ser inútil? —gritaba el jefe de la banda.

Fernando volvió a sentirse un hombre insignificante. Por fortuna, Lolo tal vez no lo había oído, y le dijo:

—Perdone, pero me veo obligado, mal de mi voluntad, a tratar con gentes verdaderamente poco recomendables. He de tratar con éste hombre que acaba de llegar de un asunto peligroso...

Al oír estas palabras, salió Lolo más que corriendo, porque su amor hacia Fernando más tenía de flirt que de verdadero cariño que nace en el corazón.

Apenas la elegante damita había salido de aquel antro donde mataba el tedio que la consumía y daba expansión a su temperamento romántico, trabóse entre Eduardo Gordon y Fernando un violento diálogo:

—Tengo que hablar contigo, muchacho...

—¿Es cierto —volvió a preguntar Eduardo— que los de la banda de Skellon te han robado el contrabando sin lucha siquiera?...

Fernando no se atrevió a responder, de momento; pero luego, cobrando valor, le dijo:

—¡Sí, así es!

—¡Pero, idiota! —replicó Eduardo—. ¿No sabes lo que has hecho?... ¿Olvidas que con

una palabra mía puedo mandarte a presidio?

—Ya sé por lo que ha sido — continuó Eduardo, creciéndose al ver que Fernando callaba—. Todo lo has dado por gastártelo con esta maldita rubia que he visto que te esperaba aquí y con la que estabas hablando sin darte cuenta de que te está tomando el pelo... Debes saber, ante todo, que a las mujeres no les gustan los cobardes.

—Eduardo, por más que usted sea mi jefe en estos sucios negocios, no la insulte a ella. Diga de mí lo que quiera...

—Vamos, niño “merengue”, ¿a qué viene ahora esa salida romántica?

—He de asegurarle a usted que quiero dejar la banda. Estoy cansado de esta vida al margen de la Ley...

—Te equivocas. Si túquieres dejar de ser de los nuestros, es solamente por lo que yo sé: porque eres un cobarde...

—Lo que usted quiera, pero me voy. Desde este mismo instante dejo de pertenecer a la banda—dijo con resolución Fernando.

—¿De modo que me abandonas, olvidando que yo te hice hombre y que te arranqué de la miseria, que te estaba comiendo ya los huesos?

—No creo que el haberme dado un mendrugo de pan para beneficiarse con mi miseria

le autorice para tener el derecho de continuar explotándome...

—Mira, déjate de historias. No te muelo a golpes por lástima, en primer lugar, y porque ahora reclaman mi atención otros negocios más importantes...

Y con voz imperativa, que hacía temblar a aquellos hombres rudos que eran sus esclavos, empezó a dar órdenes a grito pelado:

—Que se reúna toda la banda y que me esperen todos en el “Gato Gris”. Esta misma noche arreglaremos las cuentas con la banda de Skellon, que ya es la segunda vez que nos estropea un bonito negocio valiéndose de la cobardía de este mequetrefe enclenque — rugió, señalando a Fernando.

—Poco me importa lo que diga de mí — objetó Fernando, indiferente a todo lo que se refiriera a la banda a la que tanto le asqueaba pertenecer.

—Es que eres como una damisela—gritó el jefe, ensañándose con él y para ponerle en ridículo ante los que se hallaban en la taberna—. Si tuvieras un resto de vergüenza —agregó, cogiendo a Fernando por las solapas de la americana y zarandeándole sin piedad—, cogerías tu revólver y te vendrías a reconquistar el alijo con nosotros...

—Pues bien, para no ser un cobarde, iré... y todos sabrán quién soy...

Ester, que estaba escuchando la conversa-

ción, al ver que Fernando se dirigía a las habitaciones superiores en busca de un arma, subió presurosa las escaleras tras él, y al alcanzarle en un rellano le gritó, como si quisiera despertarle a la realidad:

—¿Qué vas a hacer, Fernando? ¡No vayas con esos monstruos, que ante nada retroceden, porque no tienen corazón!... ¡No vayas conellos!

—¡He de ir, he de ir! — gritó Fernando—. ¡Así, ya no se burlarán más de mí!

—¡Ya que no por mí, hazlo siquiera por Lolo, a la que según dices tanto quieres!... Es un mal negocio de contrabando y Gordon te meterá en algn lío pero lo conozco. Pienso en la pena que darás a la mujer que tanto amas...

—¡He de ir, he de ir!—decía Fernando, absorto en una mala idea del honor, del valor y de la caballerosidad, que jamás deben mantenerse con los canallas como Gordon.

—Fernando, tú eres demasiado bueno, demasiado decente para estar al lado de esos bandidos. ¡Abandónalos de una vez!

—Pero, Ester, ¿por qué te preocupas tanto por mí?

—Nos conocemos desde hace tiempo, ya lo sabes... Somos buenos camaradas—dijo la joven, sin atreverse a declarar su amor.

—Nada temas: he de volver... y en cuanto a Gordon, soy el primero en desconfiar de

ese hombre; pero algo me dice que he de permanecer unos días aun junto a él para descifrar un secreto que atañe a mi origen y al secreto que rodea para mi mal la vida y nombres de mis padres.

Salió Ester pesarosa y Fernando se preparó para acudir, con los demás miembros de su banda, a la taberna "El Gato Gris", que era el punto de reunión de la banda de Skellon, rival de la de Gordon, haciéndose ambas una guerra a muerte, quitándose los aliados, denunciándose a la policía y cometiendo toda clase de desmanes, luchando a tiros con la policía a cada tres por cuatro...

A la hora convenida, por todas las esquinas empezaron a aparecer los secuaces de Gordon, dispuestos a guardar las espaldas de su jefe, que sólo se sentía seguro cuando se veía rodeado de sus hombres de confianza, cuyas pistolas habían de cubrirle la retirada en uno de los frecuentes momentos de peligro. Luego, cuando ya se supo sobre seguro, se adelantó el primero y penetró en la taberna para hacer uno de sus desplantes, que le servían para mantener el prestigio entre su gente. Al franquear la puerta, hallóse, en una de las primeras mesas, a Skellon, sentado allí tranquilamente, en apariencia, pero siempre con el ojo avizor y la pistola preparada.

Al ver adelantar a su rival, presumió ya el

objeto de la visita, y calculó que lo menos que podía pasar es que acabara la cosa a tiros. Para disimular, Gordon se presentó en la forma más campechana que halló en su repertorio de fraseología amable:

—¿Y cómo van los negocios? —dijo a Skellon, con una sonrisa que otro más confiado hubiera aceptado como un franco saludo.

—¡Psé! No del todo bien, pero se va tirando —dijo el interpelado.

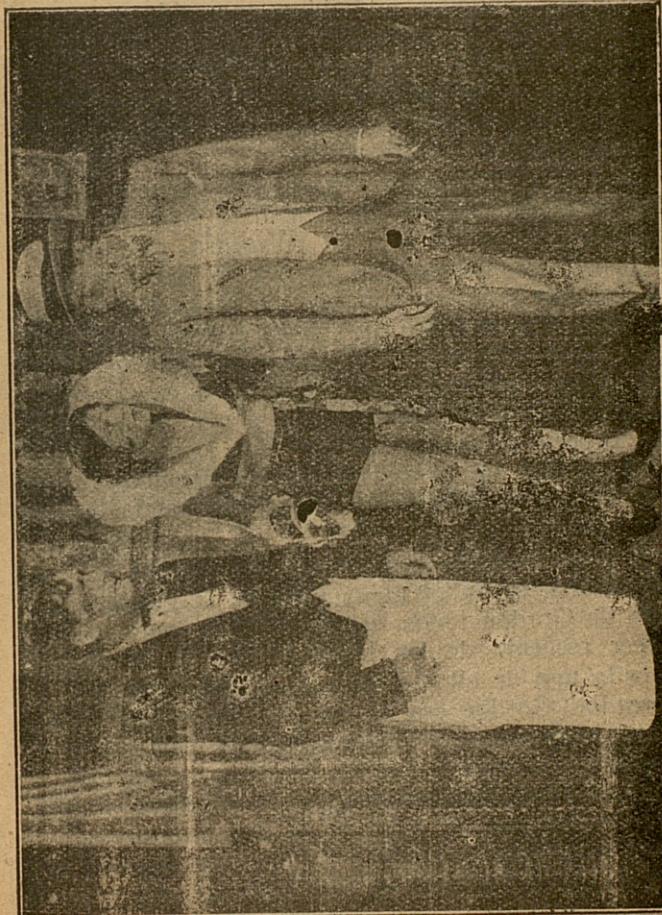
—Pues yo acabo de tener una pequeña quiebra, que no me equivocaría al señalar a quién debo de agradecérsela...

—¿Y, era importante el alijo? —preguntó Skellon, después de un breve silencio.

—¡Ah, bribón! ¿Cómo sabes que se trataba de un alijo, si tú no has tomado parte en el robo? ¡Ya no necesito más! Ya sé de sobras para saber que es a ti a quién he de castigar por esta demasía —dijo Gordon, y sacó inmediatamente su revólver, empezando a disparar.

Al segundo tiro cayó Skellon para no levantarse más. Como si ésta hubiera sido la señal para empezar el combate, los partidarios de una y otra banda empuñaron sus armas y empezaron a disparar, convirtiendo el bar de "El Gato Gris" en un verdadero campo de batalla.

Se hubiera prolongado la batalla hasta muy entrada la madrugada, si la policía, con



—La señora que acaba de llegar pregunta por usted

sus motos blindadas, no hubiera aparecido en el barrio, haciendo paso a tiros y sembrando la alarma, a fin de que los pacíficos habitantes del barrio se alejaran y sólo quedaran los contrabandistas, para atacarlos sin piedad.

Al llegar los agentes, los dos bandos contendientes, olvidando sus rencillas, sólo se ocuparon de poner pies en polvorosa, pues aquella gente colocada al margen de la Ley, lo que más sentían era pasar una temporada de reclusión, cuando, sin embargo, poco les importaba dar la vida o recibir un balazo que les hiciera pasar una temporada en el hospital. Para ellos consistía una confesión de torpeza dejarse pescar por los agentes, mientras era un motivo de orgullo ostentar una herida recibida en lucha con una banda contraria.

Un par de horas después, cuando ya el alba rayaba, se hallaban reunidos en la guarida de Gordon todos sus compinches, para hacer recuento de las bajas tenidas y dar a cada uno de ellos el socorro a que fuera acreedor. Gordon era un hombre que sabía tratar a su gente, y sólo tratándolos bien y no abandonándolos cuando les ocurría un contratiempo, podía estar seguro de que siempre arriesgarían la vida por él. De pronto, llegó, con el azoramiento reflejado en el rostro, el "Pedrilla" uno de los ladrones más

finos de Nueva York, que, siendo ya muy conocido de los agentes, se había dedicado a las faenas no menos arriesgadas del contrabando, a fin de lograr que, variando de especialidad, se le vigilase menos en sus nuevas actividades.

Al divisar a Gordon, se dirigió a él y le dijo:

—Gordon, la policía le está buscando. De se prisa en escapar, pues se le acusa de la muerte del contrabandista Skellon.

—Ya me sabía yo que no había errado el tiro, aun cuando al verle caer me figuré que se trataba de una astucia muy bien fingida... tanto, que era la muerte misma...

—Pues, lárguese cuanto antes, ya que si le meten mano harán un escarmiento y nadie le salva a usted, a pesar de ser nuestro jefe, de sentarse en la silla eléctrica...

—No te apures; no dejaré vacante la jefatura de la banda... Tengo el "as" de la baraja en la mano, aun cuando no puedo revelar detalles.

—Pues, allá usted si le ahorcan. De muy poco le servirá el "as" y, además, no sé a qué clase de influencias pueda recurrir...

—Esto es cuenta mía—dijo secamente el jefe, para dar fin a la conversación.

Comprendió el Pedrilla que nada más debía añadir a lo manifestado a su jefe, y dando media vuelta, desapareció de la guarida,

para predicar con el ejemplo la conveniencia de ponerse a salvo.

Cuando Gordon estuvo solo, se le acercó su lugarteniente, Reid, y le preguntó:

—Escucha, a mí me parece que puedes revelarme perfectamente a qué “as” te referías al decir que no te preocupabas de poner pies en polvorosa...

—¿No te recuerda esta estancia la guarida donde nos refugiábamos en Denver?...

—Sí, es cierto, tiene con ella cierto parecido:

—Creo que nos habrás olvidado a Laura, que nos esperaba siempre al pie de la escalera, con la impaciencia y la ansiedad dibujadas en su semblante tan bello...

—Me acuerdo, y he de decirte que si a mi hermano no le hubiesen matado los guardacostas, no la hubieras tú tratado con tanto desprecio, escatimándola la parte de la importante fechoría en que él tomó parte...

—Recuerdo perfectamente la noche en que ella salió del Hospital reclamando a gritos a su hijo, que había nacido hacia pocas horas...

—Es cierto fuí un infame para lograr su amor, que nunca pude conseguir; me apoderé de su hijo exigiéndole para devolvérselo que fuera mía... ¡y ella se negó!

—Pero no comprendes que era una locura pretender que una muchacha de dieciséis

años, que se había separado de su honrado medio de vida para casarse con mi hermano por amor, ¿no se resignaría a formar parte de una banda de foragidos?

—Era muy buena chica, ¿y qué habrá sido de ella?...

—Hace más de un mes que se ha vuelto a casar... y éste es precisamente el caso de que te hablaba...

—Pero, explícate...

—Laura está ahora en una esfera muy elevada, de modo que nada podrá la justicia contra mí, y por eso respiro tranquilo.

A este punto de la conversación llegó Fernando, que deseaba romper de una vez con Gordon. Para ello la ocasión no podía ser más propicia. El joven se había portado como un león en la refriega, luchando a brazo partido con los peores individuos de la banda contraria, y Gordon no había dejado de observarlo atentamente, dándose de ello cuenta y deduciendo que el jovencito no era tan manso como él suponía, y que también tenía su alma en su armario. Gordon, que era mujeriego por demás, acertó a caer en manos de Fernando de la manera más inesperada. Una de las jóvenes que frecuentaban la guarida cruzó junto a él, y según era la costumbre del que se creía con derecho a todo por el motivo de ser el jefe, Gordon la piropeó,

y quiso estrecharla entre sus brazos diciéndole:

—De aquí no sales sin darme un beso, pequeña. ¿Es que acaso no soy tu tipo?

Acudió presto Fernando, que no deseaba otra cosa que enzarzarse con Gordon, y arrebatiéndole la joven de sus brazos, le dijo:

—Antes de atreverse con ella, debía usted de haberle preguntado si quería tener tratos con rinoceronte...

Montó en cólera Gordon, y tratando de echar mano a su revólver, le dijo:

—Voy a hacer contigo un escarmiento para que aprendas a no meterte conmigo.

Pero Fernando no le dió tiempo a empalmar el arma, y de un certero golpe le hizo tambalear, viéndose obligado el matón a sacar el brazo del bolsillo para poder sostenerse en la pared, pues de lo contrario hubiera medido el suelo...

Repuesto Gordon, y comprobando que llevaba las de perder, pues brillaba en los ojos del joven un destello de ira y de decisión firme, le dijo, como si quisiera buscar una conciliación, rasgo este que le acreditaba una vez más de cobarde y ventajista en todas sus peleas...

—Pero no te reconozco tan fiero. ¿Qué es lo que te pasa desde algunos días a esta parte?

—Ya le he dicho a usted en varias ocasio-

nes, que quiero apartarme de esta vida. Es un tormento para mí no poder ser como los demás. Cuando me pregunten quién soy, no podré decirlo.

—Tú tal vez no puedes decir quién eres, pero yo sí que lo sé...

—¡Pues, por favor, dígamelo, no recurro ya a la amenaza, pero sí a la súplica!

—¿Quiere usted decir con ello que sabe quiénes fueron mis padres?

—¡Naturalmente! — agregó Gordon, sabedor del efecto que esta palabra había de producir en Fernando.

—Pues dígallo usted por favor, Fernando, dígallo usted pronto.

—No tardarás mucho en saberlo, si la policía me echa el guante con motivo de la muerte de Skellon. Ya verás entonces cómo el Gobernador se da prisa en sacarme de la cárcel.

—Pero, ¿qué relación tiene el Gobernador con lo que hablamos?

—El personalmente no, pero sí su esposa. Has de saber que su esposa es...

Hizo una pausa aquel bandido, para recrearse en la duda y ansiedad del muchacho y luego añadió pronunciando las frases lentamente:

—¡La esposa del Gobernador es tu madre!

—¡Mi madre la esposa del Gobernador! —

repitió mecánicamente Fernando, sin casi apreciar el alcance de las palabras. Entonces yo — agregó débilmente — yo...

Pero no pudo terminar, la emoción era demasiado fuerte, y rompió a llorar.

Gardon, que le había contemplado como quien ve desde la playa desencadenarse la tormenta terrible y después de unos minutos de silencio, le dijo nuevamente:

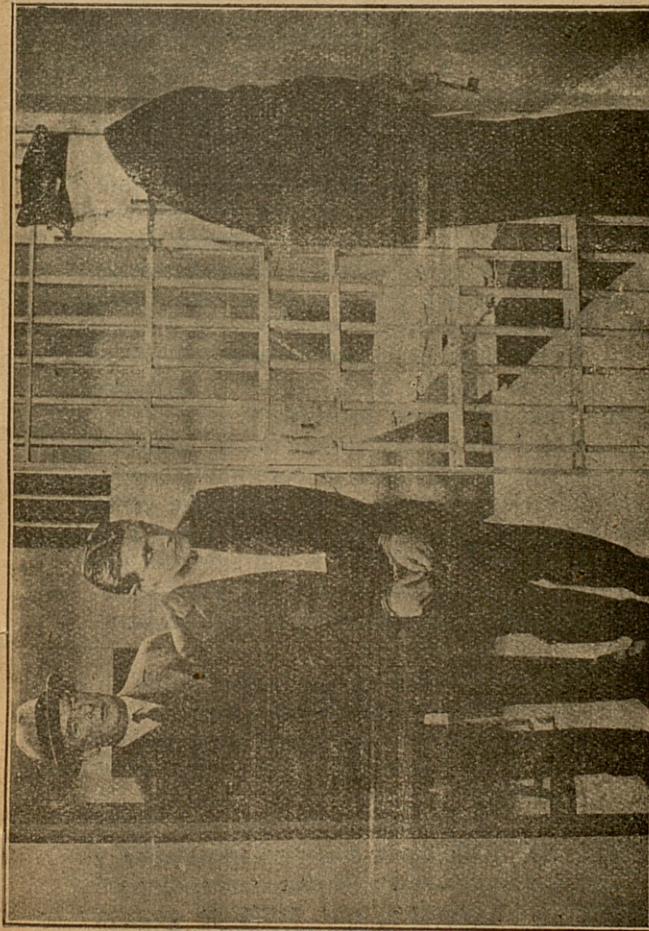
—Mas no creas que tu padre fué el Gobernador; tu padre fué un delincuente contrabandista y ladrón. Por un capricho del destino conoció a tu madre y la enamoró sin manifestarle su verdadera condición social, y fruto de esta novela de amor eres tú, Fernando.

—No es verdad; no puede ni quiero que sea verdad; sería horrible; mi madre no pudo hacer esto. Pero, sin embargo, tuve una madre que, sin duda, me quiso. Hubo de quererme, pues no podía faltar a las leyes de la naturaleza, ¡y luego me abandonó!

—Naturalmente que te quería — dijo Gordon —. Por eso te separé yo de su lado.

—Que pesar para mi madre si ahora supiera que aquel hijo no está en la cárcel por un verdadero milagro y que puede ingresar en ella de un momento a otro...

—Ya ves cómo te he rebelado el secreto que tanto querías conocer; pero lo he hecho por mi cuenta y razón. Si la policía me de-



Nuevamente Fernando era conducido al despacho del Gobernador

tiene, tú irás a ver a tu madre, y ella conseguirá que me pongan en libertad inmediatamente.

—No, Gordon, usted no puede obligarme a obrar así — dijo con energía Fernando, comprendiendo toda la maldad de su jefe. Mi madre no sabrá nunca que su hijo vive al margen de la ley. Esto la destrozaría el alma y perdería su vida. Yo haré, Eduardo, todo lo que usted quiera; pero a tal extremo no puedo descender.

—Es igual. Si tú no quieres hacerlo, yo seré quien le obligue a ayudarme si el trance llega, que todo sería probable.

—Usted no lohará. Bastante ha abusado ya de mí, obligándome a ser malo, obedeciéndole ciegamente por un temor que ya se ha terminado desde hoy. Pero esto que pretende, jamás. Ni usted ni yo daremos un paso para turbar la paz de su vida, y yo lo saqué impedir, aun cuando me pierda para siempre.

—¡Ja, ja! Valiente se ha vuelto el niño — dijo Gordon, y avanzando hacia Fernando le dió una sonora bofetada para intimidarle y reducirle a la obediencia, como otras veces había hecho.

Mas éste, cogiendo el revólver que había dejado sobre la mesa sin mediar palabra y sin saber exactamente lo que hacía, disparó sobre aquel criminal, que tanto se gozaba

en su tortura de hijo y en su perdición como hombre.

Después de matar a Gordon, Fernando quedó solo. Lola, que se hallaba en una de las dependencias de la guarida, salió corriendo, y en vez de llegar a Fernando para animarle a huir, escapó ella, diciendo:

—Qué vergüenza si mi nombre se viera mezclado en este crimen de gente baja.

Poco tardó en acudir la policía, y tampoco trató Fernando ni de huir ni de defenderse. Al contrario, se entregó resignado al primer guardia que entró.

Momentos después se personaba en el lugar mismo del crimen, donde Fernando había quedado detenido, un inspector, que le preguntó:

—Pero, ¿por qué has hecho esto, muchacho?

—Porque era un canalla!

—Pero no sabes, desdichado, que en este Estado un crimen así se castiga con la última pena?

—No quieres declarar los motivos que te indujeron a obrar así...

—No, se me pude condonar, ya que ni delante del juez añadiré una palabra. ¡Gordon era un canalla y debía morir!

Llegó el día de la celebración de la vista de la causa y no se logró tampoco que Fernando pronunciara una sola palabra en su

descargo. Las acusaciones del fiscal las soportó con entera indiferencia, y se limitó a contestar que matando a Gordon había cumplido con su deber y había prestado a la sociedad un servicio. El abogado defensor, admirado de la tenacidad con que se acusaba Fernando, acabó de decirle, señalándole los preparativos que ya se efectuaban para la instalación de la silla eléctrica:

—Ha de saber usted que si se obstina en negar, este patíbulo será para usted. Declare de una vez a quién trata usted de proteger con su silencio, y ésta es la verdadera y única salida que se le brinda para escapar a la muerte.

—Ni una palabra he de agregar a lo manifestado siempre: ¡Maté a Gordon porque así debía obrar según mi conciencia!

En tanto, en casa del Gobernador reinaba una paz idílica. Samuel Aubrey compartía la vida agitada de su cargo con el remanso de amor que su hogar le brindaba. Su esposa Laura parecía haber olvidado, gracias a aquella existencia tranquila, las turbulencias de su pasado de amarguras. Sin embargo, desde la condena de Fernando, en aquel hogar había entrado la inquietud. No es que Laura supiera que se trataba de su propio hijo; pero la conducta del condenado, había excitado la pública curiosidad, y los periódicos, las sociedades benéficas y los clubs de

señoras habían tomado a su cargo hacer una campaña en su favor y habían conseguido mover la opinión en forma tal que la misma esposa del Gobernador se había convertido en adalid de la noble empresa salvadora. Más de una vez su esposo le había preguntado:

—¿Por qué te tomas tanto interés por este joven?

—Comprenderás que en cada mujer hay una madre, y este joven está por otra parte tan sólo que me commueve.

—Lo comprendo; y si bien yo, como ciudadano particular pediría el indulto, como jefe de este Estado he de hacer cumplir la ley que respeta la vida humana.

—Yo solamente pido que se aplace la ejecución para dar tiempo a estudiar si se puede conseguir que se aclare este extraño caso. Su silencio es intrigante y demuestra que hay algo que le impide declarar ¡y tal vez es inocente!

—Entonces ¿qué pretendes?

—Que me permitas interrogarle. Entre yo y Chase que preside la comisión gestora del indulto, sabremos la verdad, lejos del ambiente fatídico aquí en casa como si fuera algo nuestro.

—¡Qué buena eres, Laura! — dijo el Gobernador, y dió las órdenes oportunas.

Pasados quince minutos, el trepidar de una moto llevó a Fernando a casa del Go-

bernador entre el silencio de la noche. Dos policías le vigilaban discretamente.

—Vamos, hijo, hable usted — le dijo Laura tratando de ganar la simpatía y hacerle romper su decisión de callar.

—Ni a mi madre le diría lo que me movió a matarle. De modo, señora, que es inútil todo su interés por saberlo,—dijo Fernando, y agregó lleno de entereza, pero también de pena: ¡Prefiero morir!

Mas había alguien, una mujer, que había jurado no dejarle morir. Esa mujer era su madre. Laura había reconocido en Fernando a su hijo. Sabía quién era Gordon; sabía que el muchacho vivía con él, y al enterarse por los periódicos de la muerte de Gordon y de que el matador era Fernando, comprendió que el destino le devolvía su hijo, pero en un trance de muerte para él.

La víspera de la ejecución Laura tomó el teléfono de su esposo y dió la orden al director de la cárcel en la clave convenida que ella sabía, de que se aplazara la ejecución.

Al día siguiente, cerca de las cinco, cuando el Gobernador despertó, creyó que la sentencia ya se había consumado. Al desdoblar los periódicos de la oposición, se enteró de que le dirigían sendos ataques. Interrogó a su esposa y ésta le dijo:

—Había de arrancar a ese desdichado joven de manos de sus verdugos. De no haber-

lo, me hubiera sentido indigna de ti y de si misma.

—Quiero interrogarle otra vez. Me extrañan las particularidades que concurren en este caso—replicó el Gobernador.

—No te extrañe mi manera de proceder—dijo ella—. Ya supongo que, como de costumbre, la prensa aprovechará este acto de piedad para atacarte; pero lo esencial es que tu conciencia nada pueda reprocharte.

En tanto, nuevamente Fernando era conducido al despacho del Gobernador ante la extrañeza del personal de la cárcel, que comentaba lo insólito del caso. Al mismo tiempo llegaba al despacho del Gobernador una joven que solicitaba con insistencia el ser recibida. Era Esther Gray, que no podía abandonarle en su desdicha. Venía con la más terrible ansiedad dibujada en su semblante. Al preguntarle el Gobernador qué deseaba, explicó con voz insegura sus deseos:

—Yo trabajo en el café donde prendieron a Fernando. Tengo algún dinero ahorrado... quisiera... quisiera que me lo entregaran después de la ejecución para darle sepultura.

—No puedo complacerla a usted, señorita, porque... Fernando Elking vive aún!

—¿Entonces usted le ha perdonado y está libre? — preguntó con ansiedad Esther.

—Un poco de paciencia, señorita, com-

prendo qué usted le ame, pero hasta más adelante no podré darle noticias concretas.

—Sé lo agradeceré a usted infinito, y ahora permita usted que me retire.

Salio Esther, y en aquel preciso instante Fernando entró en el despacho del Gobernador. A tan poca distancia uno de otro y, sin embargo, no quiso el destino que se encontraran frente a frente.

Al hallarse frente a Fernando el Gobernador no quiso entrar en detalles ni aclaraciones y le dijo severamente:

—Un hecho extraño, que no quiero analizar, le ha salvado a usted la vida. No sé aún la decisión que voy a tomar con usted; pero sí puedo asegurarle que no le dejaré morir.

La esposa del Gobernador entró en aquel momento, y al hallarse ante Fernando, sintió como un extraño impulso inexplicable, que impulsaba a abrazarle. El recuerdo de su hijo, la envolvió con una caricia inefable, y su voz tomó la dulzura maternal, diciendo:

—Toda la noche he rezado por usted, Fernando y Dios ha escuchado mis plegarias!

—Gracias, señora — replicó Fernando resonante de alegría y reconocimiento. ¡Nunca como ahora supe lo hermoso que es vivir!

—Tienes que perdonarle, Samuel, sería demasiado cruel, ponerlo otra vez en manos sus verdugos.

—Precisamente hace un instante se lo de-

cía a él — contestó a su esposa—. Estoy convencido de que Fernando no es malo, y le daré la ocasión de volver al buen camino.

—Señora, cuando salga de la cárcel, me permitirá usted que la vea otra vez... solamente otra vez...

—Trabajo le costó a Luisa contestar a tan ingenua pregunta, pero recobrada la calma, dijo a Fernando.

—Tendré al verle una verdadera alegría, hijo mío. Quiero que me considere usted como su propia madre...

Tembló la voz como si realmente se hablara ante su hijo, y añadió:

—Yo tuve un hijo una vez, un hombre sin entrañas me lo arrebató y me parece que ahora lo he vuelto a encontrar.

Después de pronunciar estas palabras, Luisa sintióse desfallecer, y prestamente los brazos de su esposo acudieron a sostenerla, al mismo tiempo que la decían sus labios:

—No temas, querida. Yo le daré a ese joven el perdón y la libertad. Mi elevado cargo me permite ser conocedor de muchos secretos.

Y en la dura mirada del Gobernador brilló un destello de humana compasión.

FIN

Las Grandes Novelas de la Pantalla

La primera novela cinematográfica

TOMOS A 2 PESETAS

Las dos niñas de París	Sandra y Biscot
La nueva misión de Judex	René Cresté
La huferanita	Sandra y Biscot
La coqueta irresistible	Constance Talmadge
Parisette	Sandra y Biscot
Por la puerta de servicio	Mary Pickford
Pimentilla	Dorothy Gish
El hijo del pirata	S. Gerard y Sandra
Los parias del amor	Von Stroheim
Esposas frívolas	Maya May
La dueña del mundo	Wallace Beery
Ricardo Corazón de León	R. Poyen "Minutillo"
El huérfano de París	Mary Pickford
Dorotea Vernón	

TOMOS A 1'50 PESETAS

El signo del Zorro	Douglas Fairbanks
El hijo de la parroquia	Jackie Coogan
El milagro	Tomás Meighan
El ladrón de Bagdad,	Douglas Fairbanks
La pequeña Anita	Mary Pickford
La quimera del oro	Charles Chaplin
El niño de las monjas	Mercedes Astolfi
El Aguila Negra	Rodoifo Valentino
El sol de media noche	Laura La Plante
Mi hijo antes que nadie!	Germaine Rouer.
Aque a la Reina	Mrs. y Mme. Dullis
La Cabaña del tío Tom	James B. Lowe

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Biblioteca Films - Apartado núm. 707 - Barcelonas

131

GRAN SELECCIÓN DE Biblioteca Films

50 céntimos

TITULO	PROTAGONISTA
La Rosa de Flandes	R. Meller
Koenigsmark	J. Catelain
Los dos pilletes	J. Forest-L. Shaw
Como D. Juan de Serrallonga	Fay Compton
Conciencia contra ley	M. Vargonvi
El lobo de París	H. Baudin
El Abuelo	M. Ribas
El bien perdido	Alice Joyce
La madre de todos	Mary Carr
Ronda de noche	R. Meller
El último correo	Vera Reynolds
Ropa Vieja	Chiquilín
La prueba del fuego	Ronald Colman
Varieté o Aguilas humanas	Lya de Putti
Una gran señora	N. Talmadge
Los hijos del trabajo	J. Nieto
Metrópolis	B. Helm
Bodas sangrientas	M. Jacobini
Venganza gitana	R. Colman
Rusia	W. Gaidaroff
Ben-Hur	R. Novarro
La pequeña vendedora	M. Pickford
D. Quijote de la Mancha	C. Schonstrom
El Círculo	Charlot
El espejo de la dicha	Lily Damita
Napoleón	A. Dieudonné
Martirio	Suzy Vernon
Por la Patria y por el Rey	René Navarre
El diamante del Zar	J. Petrovich
Corazón de Padre	Lon Chaney
La Bella de Baltimore	Dolores Costello
El gran combate	Colleen Moore
Los húsares de la Reina	Billie Dove
El Gaucho	Douglas Fairbanks
La Venenosa	Raquel Meller
El cantor de Jazz	Al Jonson
La legión de los condenados	Gary Cooper

La Rosa de Flandes	R. Meller
Koenigsmark	J. Catelain
Los dos pilletes	J. Forest-L. Shaw
Como D. Juan de Serrallonga	Fay Compton
Conciencia contra ley	M. Vargonvi
El lobo de París	H. Baudin
El Abuelo	M. Ribas
El bien perdido	Alice Joyce
La madre de todos	Mary Carr
Ronda de noche	R. Meller
El último correo	Vera Reynolds
Ropa Vieja	Chiquilín
La prueba del fuego	Ronald Colman
Varieté o Aguilas humanas	Lya de Putti
Una gran señora	N. Talmadge
Los hijos del trabajo	J. Nieto
Metrópolis	B. Helm
Bodas sangrientas	M. Jacobini
Venganza gitana	R. Colman
Rusia	W. Gaidaroff
Ben-Hur	R. Novarro
La pequeña vendedora	M. Pickford
D. Quijote de la Mancha	C. Schonstrom
El Círculo	Charlot
El espejo de la dicha	Lily Damita
Napoleón	A. Dieudonné
Martirio	Suzy Vernon
Por la Patria y por el Rey	René Navarre
El diamante del Zar	J. Petrovich
Corazón de Padre	Lon Chaney
La Bella de Baltimore	Dolores Costello
El gran combate	Colleen Moore
Los húsares de la Reina	Billie Dove
El Gaucho	Douglas Fairbanks
La Venenosa	Raquel Meller
El cantor de Jazz	Al Jonson
La legión de los condenados	Gary Cooper

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitán cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films-Apartado 707.-Barcelona